

Ignacio Ellacuría, filósofo y rector

Fernando Fernández Font, S. J.*

Resumen

Este texto es la conferencia que el autor impartió en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA) de San Salvador, en 2014, con motivo del 25 aniversario del asesinato de Ignacio Ellacuría. La conferencia recoge los principales aportes de Ellacuría a la teología, a la filosofía, a la política y a la universidad desde el trasfondo del pensamiento de Xavier Zubiri. El autor muestra la relevancia que los conceptos de “realidad” y de “inteligencia sentiente” tienen en la posición que Ellacuría asumió desde su contexto histórico; posición indispensable para enmarcar el compromiso de las universidades jesuitas con la verdad, la justicia y la libertad.

Palabras clave:
filosofía, realidad, inteligencia sentiente,
compromiso con la justicia.

* Rector de la Universidad Iberoamericana de Puebla, México.

Es un honor inmerecido el estar ahora parado frente a ustedes, celebrando el XXV aniversario del martirio del P. Ellacuría y sus compañeros y compañeras mártires. Y lo digo con toda verdad, pues sin duda, entre las personas aquí presentes o entre los que ya han participado estos días en la Cátedra de Realidad nacional, hay muchos más que podrían hacer este homenaje, esta memoria, con más y mejor conocimiento, cercanía o fraternidad que yo, a partir de la experiencia que tuvieron con el mismo Ellacuría. Sin embargo, hay momentos en la vida de cada uno en los que somos llevados a realizar actividades para las que no nos sentimos capacitados, pero que se hacen simple y llanamente por solidaridad y gratitud. El mantener viva la memoria de aquel que se entregó hasta la muerte, a la manera de Jesús, y que así sigue fecundando profundamente nuestro caminar universitario, merece ampliamente la pena.

Muy rico sigue siendo su legado y muchos los aprendizajes que de él podemos seguir extrayendo. Su vida es una herencia que aún no terminamos de agotar. Esa es, cuando menos, mi convicción y lo que en este momento también me motivó a aceptar la conferencia. No intentaré más que hacer una relectura de la forma como Ellacuría procedió como rector, desde el trasfondo de la filosofía de Zubiri, su gran maestro, a fin de mostrar algunas de las raíces filosóficas con las que procedió en el contexto histórico que le tocó vivir, para así —como diría el P. Ignacio— “reflexionar para sacar provecho”.

Poco tengo que decir de mi experiencia con Ellacuría. Lo conocí en las primeras reuniones de los encargados de la formación de estudiantes jesuitas de América Latina Septentrional a nivel de filosofía. En uno de esos encuentros, lo recuerdo recorriendo pausadamente el centro histórico de Quito, acompañados por el vasto conocimiento cultural con que Pedro Trigo nos iba describiendo los monumentos coloniales de esa maravillosa ciudad.

Posteriormente, nos volvimos a encontrar en México, en una de sus salidas de El Salvador debidas a las amenazas del régimen salvadoreño. Aunque no como fruto de una presencia directa, la fama de Ignacio había llegado con mucha fuerza a tierras mexicanas. Para esas fechas, la Provincia mexicana de la Compañía de Jesús había recibido a los estudiantes jesuitas de Centroamérica, con la finalidad de que continuaran sus estudios de filosofía en nuestras tierras, dada la imposibilidad de realizarlos en el mismo Salvador, por causa de la guerra. En ese momento, a varios de nosotros, los responsables de la Facultad de Filosofía de la Provincia mexicana, se nos abrió la ilusión de que Ellacuría pudiera incorporarse al claustro de profesores. Sabíamos de su relación con Zubiri, de cómo su estructura mental y su misma praxis se habían conformado desde los planteamientos de ese gran filósofo, también vasco. Además, por esas fechas, alrededor de 1980, las revoluciones de Centroamérica nos animaban la utopía, el sueño de una sociedad más justa, más solidaria, más fraterna. Sin embargo, Ignacio decidió no permanecer en México, sino poner su residencia en España, donde podría continuar la elaboración de su pensamiento en contacto con su gran maestro y desde ahí seguir viendo la posibilidad de regresar lo más pronto posible a El Salvador.

Pocos años después, en el 83, Ignacio ya había vuelto a este país y ocasionalmente regresaba a España, pues Zubiri no publicaba nada que no fuera revisado por él y, casi, hasta que no le diera su visto bueno. Mientras tanto, hacía yo mi tesis doctoral en la Universidad de Comillas, en Madrid. Un buen día, para mi sorpresa, recibí una llamada telefónica de Ellacuría invitándome a tomar un café. Se me hizo tan extraño que él me buscara cuando nuestra relación había sido un tanto efímera; sin embargo, la admiración que yo sentía por él, me hizo aceptar sin dudar. Ahora que lo pienso, me parece como un sueño. Recordarlo en un café, sentados, compartiendo la situación del Salvador, lo que él estaba viviendo, su convicción de hacer

hasta lo imposible, a fin de liberar al pueblo por el que él había optado, fue para mí una experiencia que no olvidaré: sumamente impactante, profunda, extraordinariamente grata que, sin dudar, marcó mi futuro.

Y fue ahí cuando me dejó sembrada —entre otras inquietudes— la de introducirme también en el estudio de Xavier Zubiri. Con su evidente ironía, las veces que nos encontramos, no dejó de decirme que ya dejara de estudiar a Dilthey, autor sobre el que yo estaba haciendo mi tesis doctoral; que no perdiera el tiempo y que mejor me dedicara a Zubiri. Por supuesto que no le hice caso; no era momento, a mitad de mi doctorado, de cambiar de rumbo y de autor; pero ciertamente me hizo reflexionar mucho su invitación. La gran pregunta que él me había sembrado era cómo un filósofo europeo, tan distante de las luchas de América Latina, podía inspirar a una persona como Ellacuría. ¿Qué fue lo que él vio en Zubiri que le permitía, no solo entender mejor la realidad centroamericana, sino comprometerse, aun con el riesgo de su propia vida, en una verdadera lucha por la libertad de su pueblo?

Desde el 68, con la *Conferencia de Obispos de Medellín*, había comenzado la teología de la liberación y, poco después, la filosofía. ¿Por qué Ellacuría miraba, entonces, con una cierta predilección hacia su tierra natal y hacia un filósofo también euskera como él, y menos hacia América Latina y hacia todos aquellos pensadores que ahí iban surgiendo y que igualmente buscaron iluminar el compromiso de su pueblo desde un pensamiento que liberara para la acción y el compromiso?

Esa inquietud me acompañó el resto de mis estudios, hasta que, una vez terminado el doctorado y ya de regreso a México, comencé a realizar junto con mis alumnos el estudio de Zubiri, dado que el bien recordado “Viudo”, Alberto Navarro, jesuita mexicano, había comenzado a poner la filosofía de Zubiri, como columna vertebral de la formación filo-

sófica en México. En el 83, aún yo en España, Ellacuría me invitó a la presentación de la trilogía de Zubiri sobre la *Inteligencia sentiente*, en un auditorio de no más de trescientas personas. Conocer personalmente a uno de los filósofos más importantes del siglo XX fue una vivencia sumamente impactante que pude tener gracias a él. Con Diego Gracia y Pedro Laín Entralgo, Ignacio presentó la *Inteligencia sentiente*, a un lado de Xavier Zubiri. Poco después, cuando terminó de retocar su obra, *El hombre y Dios*, moría este gran filósofo.

Ignacio Ellacuría, el filósofo rector o el rector filósofo: algunas claves para profundizar en su legado

No es ninguna novedad —como lo acabo de exponer— afirmar que el núcleo del pensamiento de Ellacuría surgió de Xavier Zubiri. Es evidente que el espectro de conocimientos que manejaba, tanto en filosofía como en teología, era más amplio; pero, sin duda, su estructura mental se había gestado en contacto con el filósofo vasco. En una ocasión, a este propósito, me narró que, estando en un congreso mundial de teología en el Escorial, González de Cardedal le había espetado una crítica y, junto con él, a la teología de la liberación, en la que señalaba que sus reflexiones y propuestas estaban bien, pero que el sustento en otros autores y el aparato crítico que manejaban era realmente pobre, pues no citaban a los grandes teólogos europeos; que su pensamiento estaba encerrado en América Latina y se estaban perdiendo de la discusión europea sobre los temas que la modernidad discutía. Con la clásica parsimonia que le caracterizaba, especialmente cuando acudía a su aguda ironía, simplemente le contestó: “Es verdad; tienes razón; el problema es que los grandes y graves problemas que estamos enfrentando en nuestros países, no nos dan tiempo para leer, y eso nos ha obligado a pensar”.

La realidad y el ser

La “realidad” como concepto filosófico, eje central de la filosofía de Zubiri, se

convirtió también en eje central de la suya. La realidad “da que pensar”, y eso fue lo que hizo Ellacuría. Pero ¿qué es lo real?, ¿es lo mismo que la realidad?, ¿por qué la importancia de tal categoría? Responderíamos, simple y complejamente, porque la *realidad* es el fundamento de todo lo real; es lo último, aquello que sostiene y posibilita que todo lo que es pueda ser. Es el objeto formal de la inteligencia, aquello para lo que ella está formalmente diseñada y a la que necesariamente se dirige.

A diferencia de la filosofía clásica trascendental (la neo-escolástica), para la cual lo último es el “ser”, en el “Realismo trascendental abierto” de Zubiri, el ser es algo posterior, no es lo primero: el ser es el modo como las cosas son en un momento determinado, y por ello pueden modificarse; las cosas son en la medida en que participan de la formalidad de realidad, pero no en la medida en que participan del ser. Esta “formalidad de lo real” o “de-suyo”, es lo que distingue a una cosa, de una idea; es lo que hace que una cosa sea real; es su fundamento. De ahí que lo esencial de la experiencia humana no sea la pregunta por el ser, sino la pregunta por el modo como cada uno tenemos que “habérnosla con la realidad”. A final de cuentas, este es el sentido de la búsqueda permanente del ser humano.

La filosofía trascendental neo-escolástica, al afirmar que lo último de la realidad era el ser, sostuvo igualmente que su acceso estaba mediado por el acto concipiente de la afirmación. En consecuencia, llegar al concepto era haber llegado a la esencia de las cosas, al ser, a la verdad misma, a lo trascendental, al mundo que nos permitirá vivir en las luces, contrapuesto al mundo de las sombras. Claro, no como Platón ni como Husserl; pero tampoco tan distante.

Dualismo antropológico

Apoyado en Zubiri, Ellacuría criticó la dicotomía de esta concepción que contraponía lo sensible a lo inteligible y afirmaba la

racionalidad como la dimensión esencial del ser humano, con lo cual evidenciaba la falacia del concepto y su capacidad de congelar las realidades: con él podemos hacer lo que sea, concepción que facilitó el manejo ideológico de las situaciones sociales, de acuerdo a los intereses de los grupos dominantes.

El reto, entonces, no era debatir conceptos, llenar la inteligencia de ideas, sino dejar que la realidad, por más dolorosa que fuera, estuviera en la inteligencia. No es fácil llamar a las cosas por su nombre. Tenemos demasiados intereses; nos cuesta trabajo reconocer lo que es injusto, lo que es el abuso, la mentira; lo que no responde a la realidad. De ahí que el esfuerzo de la inteligencia —mirada desde esta función sustantiva— no debía ser otra que permitir que la realidad sea la voz de todo lo que en ella nos duele, pero simultáneamente que también ella sea capaz de mostrar todas las posibilidades que ella contiene. La fidelidad, en consecuencia, no ha de ser al concepto que esclerotiza las cosas, sino a la realidad que siempre ofrece nuevas posibilidades de transformación, a fin de que ella hable a través de nuestra inteligencia y podamos descubrir lo que en ella es real pero aún no evidente.

A fin de cuentas, la filosofía escolástica no fue capaz de superar el racionalismo de la modernidad ni los planteos básicos de la filosofía aristotélico-tomista. La antropología derivada de esa postura obligó a seguir concibiendo la esencia de la persona por su capacidad de pensar, de idear, de formular teorías. El ser humano no dejó de ser “un animal racional”; un ser cuya característica determinante seguía siendo la racionalidad, y los conceptos, su fundamento, despreciando peligrosamente la sensibilidad. Por eso, tal antropología se convirtió en la heredera de los grandes relatos que tan duramente fueron criticados por la postmodernidad, con el mentís de los regímenes totalitarios, con las guerras mundiales, con los imperios que con la bandera de la libertad arrollaron pueblos enteros, conquistaron y dominaron a otros e

impusieron su ley para arrebatarles más allá de sus riquezas, la propia vida.

Interesante que una concepción de la inteligencia o del conocimiento, pudiera llegar a consecuencias y resultados tan dispares.

Más allá del ser, contra la dictadura del concepto

Para Ellacuría, por consiguiente, saber que el “ser de las cosas” no es lo último, le abrió la posibilidad de idear su transformación. Es evidente que la situación del Salvador aparecía como un hecho incontrovertible, frente al cual lo único posible era la aceptación resignada de lo que vivían los pobres frente a la riqueza de las diecisiete familias dueñas del país. Así han sido las cosas; pero no tienen por qué seguir siendo así. El ser es algo estático; la realidad es algo dinámico. La realidad no solo hace que las cosas sean lo que son, sino que ella misma alberga las posibilidades de su transformación y el dinamismo necesario para lograrlo. De ahí que el esfuerzo que ha de realizar la acción universitaria debe “ir encaminada a liberar la realidad del imperio del ser y a subordinar éste a aquélla, como un momento de lo real, como una actualidad”¹, según lo formuló el Mtro. David Fernández.

Inmerso en la realidad, Ellacuría tuvo el gran mérito de “desvelar la verdadera realidad” contra los discursos ideológicos en los que se ocultaba el régimen, al mismo tiempo que propuso los caminos de su transformación. Obvio, con su mente aguda pudo calar hondo en la esencia de las cosas, además de que tuvo el valor de publicitarla, a pesar del riesgo que eso suponía. Decir la verdad, exponer la verdadera realidad de la lucha en la que se encontraba inmerso el país, se convirtió en algo tan simple como peligroso. Tan sencillo y tan complicado como esto; pues,

en el fondo, exponer la situación sociopolítica determinada era desmentir el discurso oficial del Gobierno y develar las mentiras que lo sostenían. Como él mismo señaló, “en un mundo donde reina la falsedad, la injusticia y la represión, una universidad que luche por la verdad, por la justicia y por la libertad, no puede menos de verse perseguida”².

Fidelidad a la realidad

Él supo ser fiel a la realidad, ponerla en primer lugar y, a partir de ella, penetrar en su estructura profunda. El que es capaz de llegar a las notas esenciales de las diversas realidades sociohistóricas y mirarlas desde su estructura dinámica, será quien esté en las mejores condiciones para modificarla, porque está tocando lo último o, cuando menos, tendrá más elementos para proponer el sendero del cambio. Llamar injusta a una situación, sacar a la luz las razones por las que eso se afirma, descubrir la mentira y la ideología con la que se quieren ocultar esas realidades, es parte de la función esencial de la inteligencia para el mismo Zubiri. La verdad no tiene partido, cuando su fundamento es la realidad. Habiendo conquistado tal estructura, el siguiente paso era evidente. Así lo expreso Ignacio: “No basta buscar filosóficamente la verdad; hay que procurar filosóficamente realizarla para hacer la justicia y construir la libertad”.

En otra latitud no muy lejana, de manera muy espontánea y “sin aparatos críticos”, sino obligados por la misma vida, el grupo rebelde de la selva chiapaneca de México, los Zapatistas, formularon la diferencia entre el “mal gobierno”, cuya palabra no es verdadera porque busca ocultar sus intereses, y el “buen gobierno” que ellos mismos proponían, cuya palabra sí poseía la verdad porque nada ocultaba, pues nada tenían que perder. Mostraron

1. David Fernández, *Ignacio Ellacuría: vida, pensamiento e impacto en la universidad jesuita de hoy*. México: Universidad Iberoamericana, 2006.
2. I. Ellacuría, “La tarea de una universidad católica”. Discurso en la Universidad de Santa Clara, 12 de junio de 1982, al recibir el doctorado *honoris causa*.